

BLAUPUNKT

Sistemas completos en sonido.



Blaupunkt Colonia CR

- Autorradio-Cassette para FM stereo y onda media.
- Radio-cassette con avance y retroceso de cinta rápido.
- Reproducción de cassette en stereo.
- Potencia de salida 2 x 6 watos según normas DIN 45324.
- Sintonía FM por Control Automático de Frecuencia (CAF). La emisora una vez seleccionada queda sintonizada invariablemente.
- Regulador de sonido de graves y agudos, combinado.
- Expulsión automática de cinta cassette una vez finalizada, y conmutación automática a recepción de radio.
- Separación silenciada entre bandas de sintonización de emisoras.
- Oscilador especial, que evita la deficiente calidad de recepción del sonido debido a la proximidad de emisoras.
- Avance y rebobinado perfecto de cinta sin posible rotura.

Blaupunkt, escúchelo.

Blaupunkt también fabrica todos los accesorios necesarios: Antena. Altavoces. Prolongadores.

BLAUPUNKT
Grupo BOSCH
Su compañero de viaje.

Para más información dirigirse a Robert Bosch Comercial Española, S.A. Embajadores, 146 - Madrid-5

La dictadura de los profesionales

zantes, cinco ilusiones que encadenan al cliente a una salvación decidida unilateralmente por el experto.

El primero de estos mitos es que nacemos consumidores y que, adquiriendo bienes y servicios, podemos llegar donde queramos. Este mito obedece a que nos han acostumbrado a no considerar la importancia que los valores de uso tienen para la economía global. Ninguno de los modelos en que se inspiran las políticas económicas nacionales contempla una variable que tenga en cuenta los valores de uso no directamente convertibles en dinero. Pero es también cierto que ninguna economía podría resistir allí donde la producción de estos valores se atrofiase por encima de un determinado umbral. Si, por ejemplo, se sindicasen las amas de casa o los asalariados pidiesen una indemnización por cada kilómetro que hacen a pie, del mismo modo en que ahora exigen un reembolso por los kilómetros que recorren en automóvil. Lo que la gente hace espontáneamente, sin intención de convertirlo en dinero, tiene para la economía el mismo valor inestimable que el oxígeno que respiramos.

La ilusión de que los modelos económicos puedan ignorar los valores de uso se deriva de la idea de que las actividades personales que se designan con verbos transitivos puedan sustituirse mediante productos institucionales indicados por sustantivos: "aprendo" se transforma así en "título de estudio", "curarse" se convierte en "asistencia sanitaria", "moverse", en "transporte". La confusión entre valores personales y valores producidos en serie se ha extendido a todos los campos. Bajo la égida del profesionalismo, los valores de uso se han disuelto, se han desnaturalizado, son algo superado.

La realidad es que sólo hasta cierto punto pueden las mercancías sustituir lo que las personas elaboran por sí y para sí mismas sin propósitos de intercambio. Cualquier bien cuya distribución resulta paralizante para el consumidor no puede sino generar frustración: se vuelve contraproducente. Existe un punto crítico

pasado el cual el servicio institucional no sólo no favorece ya la actividad personal autónoma, pero paradójicamente se convierte en principal obstáculo. Es el punto en el que la suma de los servicios y productos distribuidos degrada de tal manera el ambiente cultural que se generan inutilidades marginales. El segundo mito esclavizante es el que en toda conquista técnica encuentra un pretexto para justificar un mayor dominio profesional. La idea de que a medida de que ganan en eficacia los instrumentos, más complejos e impenetrables se vuelven por lo que exigen operadores más especializados.

Lo cierto, sin embargo, es lo opuesto. Cuanto más proliferan las técnicas y más específicas se vuelven, menor destreza exige su empleo. Ya no requieren la "confianza del cliente" en la que basaban su autonomía el profesional libre o el artesano.

El tercer mito paralizante consiste en creer que los instru-



Iván Illich, visto por Vázquez de Sola.

CONFIESO que la lectura de Iván Illich me provoca siempre, o casi siempre, desasosiego. He de aceptarlo, cuando menos en parte, porque detecta a mi juicio un estado de cosas real. Pero, por otro lado, se detiene siempre en la penúltima o antepenúltima consecuencia, de manera que — pese al anti-pático tono mesiánico y profetista que adopta — el resultado es poco más que el que se obtiene tras, por ejemplo, la lectura de esos trabajos de sociología positiva en los que uno se pregunta: ¿Por qué no proseguir y traspasar el borde, meramente mental, que separa la sociología de la política? No es que Illich deje de aludir a la política. Es que la política radical no está donde él la sitúa.

El trabajo "La dictadura de los

mentos utilizables por los profanos, para resultar válidos, deben tener la garantía de controladores profesionales; que la contra-productividad no puede detenerse si no es restableciendo el equilibrio entre producción industrial (heterónoma) y producción comunitaria (autónoma); que debe ser la colectividad y no los expertos quienes dispongan soberanamente de los instrumentos de producción. Pero muchos factores de la tecnología "a la medida del hombre" piensan que el profano dispondrá de medios para competir con la sociedad industrial sólo cuando los aparatos actuales sean re proyectados en función del hombre de la calle. Y confían en la aparición del último modelo de bicicleta, del anticonceptivo ultraseguro, del molino de viento insuperable, de la parábola solar perfecta. Hipnotizados por el sueño profesional, estos "snobs" están convencidos de que los instrumentos capaces de "contestar" a las multinacionales sólo

se obtendrán a través de solemnes rituales de investigación y proyección apenas distintos de los que hoy realizan los milagros de la Dupont o la Roche.

El cuarto mito esclavizador es el que confía a los especialistas la tarea de fijar los límites del desarrollo. Habituada a la adquisición por encargo, la clientela está ahora dispuesta a la austeridad bajo receta. Las fuerzas multinacionales que a lo largo de una generación impusieron a pobres y ricos el mismo estándar internacional de escolarización, el uso de los desodorantes y del automóvil, hoy financian al Club de Roma, y la Unesco se pone a su servicio.

En cada una de las siete regiones en que la ONU ha dividido el mundo, un nuevo clero está siendo adiestrado para predicar la austeridad según los nuevos especialistas en necesidades, mientras que expertos en "concienciación" se ocupan de las comunidades locales.

El quinto mito es el flamante

"chic radical". Los profetas de los años sesenta soltaban letanías sobre el desarrollo: los nuevos predicadores exaltan las virtudes del cliente profesionalizado. Sólo en Estados Unidos han aparecido desde 1965 un total de 2.700 libros que enseñan al lector a ser su propio paciente. Algunos de estos textos proponen un curso de adiestramiento regular con examen final para que los diplomados en automedicación puedan comprar aspirina y administrársela a sus hijos. Sólo las mujeres legalmente autorizadas, leemos en otros libros, deberían poder dar a luz en casa en lugar de en el hospital. Con la automedicación, la autoeducación, la autoconstrucción, se refuerza el condicionamiento de la mayoría a la subordinación profesional.

Muchos miran, sin embargo, más allá de las "profesiones paralizantes" y de sus supermercados de bienes y servicios. Los políticos que prometen más clínicas y más aulas tienen sus días

contados. Su futuro no es más prometedor que el de aquellos de sus colegas que se obstinan todavía en festonear sus discursos con jaculatorias religiosas y clichés pseudo-marxistas. El dominio de las profesiones se ha vuelto frágil como el del clero en tiempos de Voltaire. Millares de pequeños grupos contestan el dominio profesional sin preocuparse del precio que han de pagar a cambio.

Estas minorías no ideológicas podrán transformarse en fuerza política a través de una clarificación filosófica y jurídica de aquello que no desean. Las ventajas de una austeridad voluntariamente elegida cobrarán peso político sólo cuando la libertad se anteponga a la reivindicación de "paquetes de derechos" cada vez más costosos. Lo que pueden conseguir unos hombres libres, dotados de instrumentos modernos y respetuosos con la vida, es bastante más rico que todas las culturas presentes y pasadas juntas. ■

IVAN ILLICH: la realidad o el deseo

CARLOS CASTILLA DEL PINO

profesionales" es un ejemplo de lo que afirmo. Existe esta dictadura. Como tal, es un problema político (político lo es todo). Pero la raíz del problema político que detecta está mucho más allá que en la dictadura de una corporación que —está bien visto— alcanza caracteres de internacionalismo que nada tiene que envidiar a cualquiera otra formación social o económica. El problema se plantea de modo análogo a si definiéramos el franquismo como la dictadura de ese sujeto que fue la persona de Francisco Franco. Claro es que Franco era "el" dictador. Pero es sobremanera dudoso que, si la cuestión se plantea con suficiente rigor, se pudiese hablar justamente de "la dictadura de Franco" (salvo en el lenguaje coloquial o para titular capítulos de Historia). Franco era el dictador de una dictadura que excedía y rebosaba, por todos los lados, la persona misma de Franco. Franco era, fue, un excelente mediador, como en la dictadura de la sociedad-organización lo son, entre otros muchos, los profesionales, algunos, no todos los profesionales.

Pero tampoco se puede situar, salvo en una abstracción, aquí las fuerzas políticas, allí las mediaciones de que las primeras se valen. También las mediaciones son política (repetámoslo: política es todo). Los profesionales —sí es que estoy

en lo cierto— son mediadores de la política que con ellos se ejerce, lo que no se contradice con el hecho de que ellos mismos asuman una política. Al fin y a la postre, no hay diferencia entre profesional y tecnócrata, cuando menos notoria, y con este último ocurre igual: los políticos se valen de los tecnócratas, que a su vez asumen la política de aquéllos, e imponen el instrumento de su propia política. Pero, ¿es que acaso los políticos son, por así decirlo, los últimos decididores de la política? ¿No son ellos, asimismo, mediadores a los que se les consiente el gratificante "rol" de protagonistas?

No trato con esto de eximir a los profesionales de la responsabilidad de su parte en el todo de una determinada política. Pero me parece imprescindible denunciar el maniqueísmo simplista y reductivo que sitúa ilusoriamente el problema fundamental en un punto concreto, como si desde allí se irradiase hasta impregnar esa organización compleja que es nuestro sistema social. Y, hecho así, reducir el tratamiento del problema global al tratamiento del punto en que ahora artificialmente se coloca: ¡Abajo el profesionalismo! No hay una dictadura de los profesionales, sino dictadura que usa de ellos, como si esto fuera más decoroso que la dictadura que usa de toda la gama del

aparato policial. De una dictadura de la opresión burda a la de la opresión a través de mediadores más alambicados —profesionales, técnicos, investigadores—, hay la distancia que separa el infradesarrollo de una sociedad altamente desarrollada en la producción. Todo depende, pues, del momento histórico del desarrollo económico de una formación social. Y la más evolucionada también precisa de sus propios mitos. En una sociedad compleja, en pleno goce del consumismo y del "bienestar", mitos tales como, por ejemplo, el del caudillaje, no tienen viabilidad alguna, salvo para el humor. Pero el gran mito de la sociedad-organización no es ninguno de los cinco que enumera Iván Illich, sino este otro: hacer que los propios componentes de la organización social, los ciudadanos todos, adquieran la ilusión de protagonismo en la dinámica política misma de su "ciudad". El norteamericano medio, que "elige" a sus representantes y finalmente a su presidente, cree que, aunque a nivel molecular, tiene evidente parte en la política de su propio país. Haberles hecho asumir la ilusoria percepción de protagonismo es el éxito mayor de un sistema que cuenta con la auto-satisfacción de cada uno de sus miembros, y de aquí el profundo conservadurismo de la sociedad neocapitalista.

Por último, y volviendo sobre aspectos concretos del trabajo de Illich, me pregunto: ¿Sobre qué fundamenta su optimismo de que los políticos que prometen más aulas y más clínicas tienen sus días contados? ¿No confunde aquí deseo con realidad? Y finalmente, he aquí la voluntarista —en el fondo, omnipotente— formulación terapéutica de Iván Illich: "Las ventajas de una austeridad voluntariamente elegida"... etcétera (último párrafo). ¿Podría decirnos dónde y cuánto una sociedad cualquiera se ha dispuesto a proseguir el camino opuesto a sus intereses merced a decisiones éticas voluntarias y sobre la base de las denuncias mesiánicas de sus iluminados? "Lo que pueden conseguir unos hombres libres"...: he aquí otra fórmula trivial, vacua, a la que tan proclive resulta Iván Illich. ¿Dónde están esos hombres libres? Al decidirse a actuar, ¿no asumirían a su vez, forzadamente, un rango organizativo que les retrotraería de nuevo desde la libertad inicial a la organización opresiva, es decir, a la política? ¿Sería necesariamente esa política, decidida por unos hombres, la política de la libertad de todos? ¿No implicaría el que todos habrían de aceptar, una vez más, la "libertad" postulada por esos unos, que pretenciosamente califica de "hombres libres"? ■